



LA VOZ DEL SILENCIO

Edna Ochoa

Apareció la señora que dijo mi abuela que fuera a buscar. Con sólo verme adivinó el motivo de mi presencia. Quiso darme un abrazo, pero mi cuerpo se tensó y sus intenciones quedaron en el aire. Había recibido tantos abrazos en el sepelio de mi abuela que los músculos habían perdido su inocencia. No quería ninguna muestra de consuelo, la abuela estaba más que muerta; del luto, qué podía decir, sino que lo había padecido desde el principio cuando el médico dio el veredicto hasta su larga agonía. Al enterrarla volví a sumergirme en el trabajo sin que su pérdida hiciera mella en mi ánimo, a vestirme con la formalidad de quien imparte justicia. Solo venía a cumplir otro de sus encargos, el último, y en el orden que había sido solicitado.

El primero resultó un poco fastidioso, había tenido que trasladarme a Querétaro, aplazar el trabajo de la oficina para notificarle a una de sus hermanas, la única que le sobrevivía y que hasta ese entonces no sabía de su existencia, que era dueña de un terreno. Sin más me limité a informarle sobre los trámites legales para que la propiedad que heredaba pasara a sus manos, dejándole en claro que no me interesaba ninguna otra conversación cuando tuvo el mal gusto de inquirir sobre mi madre y no respetar la memoria de mi abuelo, acusándolo de orgulloso y sin sentimientos. La segunda petición se trataba de darle una suma de dinero a una antigua sirvienta, lo que no fue posible porque yacía en el camposanto, en una tumba maltrecha que esperaba a fin de mes una lápida nueva, según los arreglos concertados que hice con una agencia. Ahora, la demanda de informar sobre el deceso de la abuela la había completado, aunque sin aceptar el abrazo de pésame de Celeste, que era su nombre, el que ni siquiera tuve necesidad de pronunciar ante su certera intuición. “Vas y le dices que pasé a mejor vida”, me parecía aún escuchar a mi abuela.

La mujer me devolvió un mohín doloroso e irónico como si yo misma estuviera frente al espejo. Después hizo un

ademán nervioso, torpe, que recompuso al último instante con un trazo vigoroso y franqué la puerta para dirigirme al interior de la casa, como lo solicitaba su mano aun cuando tenía todo el propósito de marcharme. Quizá esta manera de reaccionar se la deba a mi abuelo, ¡que en paz descanse!, tan dado a dar órdenes por su oficio militar y donde la abuela y yo obedecíamos en silencio cualquier señal que venía de su imponente figura. Lo cierto es que mi presencia en esa humilde casa salía sobrando.

Al igual que las otras dos mujeres, Celeste aparecía de la nada. Mi abuela jamás me había hablado de ellas. Seguí caminando por un pasillo oscuro y otra mujer, que por su actitud supuse que estaba espiándonos y que había permanecido detrás de Celeste, se hizo a un lado para dejarme el paso franco. Su afable saludo lo consideré impropio porque éramos desconocidas. Instantáneamente me pregunté ¿y si ésta es la que busco?, pero ella misma se encargó de aclararlo al alejarse como si fuera a dejar aquella sala llena de objetos que parecían haber sido puestos durante años nada más por manos femeninas. Se percibía que todo olía a mujer. Supuse que eran maestras por un par de certificados en la pared que se diferenciaban tan sólo por las fotografías, aunque era probable también que fueran de la misma persona, no había manera de atestiguarlo pues había atravesado el pasillo sin detenerme.

A pesar de que la otra señora no dejó la habitación parecía estar a la sombra de Celeste, protegiéndola, comportamiento corriente entre personas que han vivido juntas por años. La experiencia de tratar con un sinnúmero de gente en las audiencias hace que se detecten fácilmente las relaciones que entretejen los humanos en sus más diversas actividades.

Estas mujeres no estaban acostumbradas a recibir visitas. Me sentía como una intrusa que llegaba a enturbiar su espacio privado. Ni Celeste me ofreció uno de los sillones

ni yo tomé la iniciativa de sentarme. De nuevo quedamos frente a frente, en silencio. Cuando parecía que iba a decir algo sus ojos empezaron a humedecerse y no hubo lugar para las palabras; confusa por no saber cómo conducirme, volví la cara hacia la otra mujer a la espera de que rompiera aquel momento incómodo, pero solamente movió la cabeza de abajo hacia arriba, como afirmando algo que yo no alcanzaba a comprender y que me pareció el colmo de la insensatez. Regresé hacia Celeste y la humedad se había desbordado en su rostro. Ahora su mirada me pareció haberla visto en otras ocasiones. ¿En dónde? Era difícil atinar entre tanta gente que había tratado en mis años de trabajo en los juzgados.

Quise sentarme para evitar su mirada, pero hacerlo era dar pábulo a quedarme más tiempo en aquel lugar que me parecía insoportable, absurdo. Opté por seguir muda, sin moverme. Su hermana nos miraba al acecho, conmovida, el asombro la había paralizado, como cuando se espera un desenlace, feliz o infeliz, qué importaba. Era sorprendente la sensiblería de aquellas dos almas, quienes al vivir tan aisladas cualquier acto inesperado se transformaba en todo un acontecimiento. Hubiera preferido en ese momento estar ante la hermana de mi abuela y contestarle que no sabía y que nunca sabría nada de mi madre, que afortunadamente no había sucedido lo que más temía, que a mi abuela se le ocurriera el despropósito de pedirme que la buscara, a quien había deshonrado a mis abuelos, juntándose con malas compañías después de haber enviudado, la que si aún no había muerto, estaría en un antro de perdición.

Muchas veces me asaltaba la angustia de que mi abuela me pudiera empujar a meterme a los bajos fondos, aunque si bien era cierto que primero tendría que buscar un detective, el solo hecho de contratarlo y darle los pormenores del caso me desquiciaba. ¿Por qué tendría que rebajarme a encontrar un ser nauseabundo que, desoyendo los consejos de sus padres, se había enredado con una amiga que la había llevado por el camino del mal? Pero mi abuela, al igual que mi abuelo, había sido consistente hasta el final. No se permitió exponerme a la humillación de estar frente a una “desvergonzada y perversa” como la nombraba su propio padre. Mi reputación estaba a salvo. Cómo no estar agradecida con mi abuelo, que me había arrancado de aquellos innobles brazos para resarcir la honorabilidad de la familia. ¿Cómo reaccionarían esas pobres mujeres si les contara mi origen tan miserable? ¿Cómo reaccionarían dos solteras que después de dar sus clases se encerraban en su casita adornada con tanta cursilería? Pero no estaba para digresiones, ni para ponerme en calidad de fiscal, tenía que terminar la visita. En casa me esperaba la revisión de unos documentos plagados de errores, que necesariamente me obligarían a aplazar el veredicto aun y cuando se presentarían los contrincantes al juicio a primeras horas del

siguiente día. ¡Cuánto trabajo para juntarlos! Era tiempo de marcharme. Lo único que se me ocurrió en ese momento fue sacar una tarjeta de presentación a modo de despedida.

—Si algún día me necesitan, estoy para servirles. Pueden llamarme a mi casa o a la oficina —dije sin esperar réplica, y cuando le extendía la ficha algo inverosímil sucedió porque la vida es un sumo de absurdos. Pensé que lo que acababa de escuchar era producto de mi imaginación, pero Celeste repitió de nuevo la pregunta.

—Angelito, ¿quieres un dulce?

Un martillazo del recuerdo sacudió un paisaje infantil hasta volverlo nítido. La vi extender la palma de su mano con los caramelos, agachándose luego para que yo los tomara del otro lado de la reja. Aún podía sentir cómo se abrazaba a mí sin importarle que los barrotes se interpusieran entre nosotras y decirme “mañana regreso”. Existía. No era una invención, como afirmaba el abuelo lleno de cólera. En este momento no mediaban las rejas de mi escuela, ni el militar que la detuvo ante la protesta de una muchacha. La imagen obsesiva que me había perseguido en mi infancia resucitaba. Podía abrazarla, pero no: aquello era cosa del pasado y yo tenía prisa. La mujer de mi madre se acercó a Celeste cuando la vio arquearse por el sollozo y le puso una mano en el hombro: el cuadro se completaba, era la muchacha que del otro lado de la calle esperaba que mamá pudiera despegarse de mí. Juntas las dos en la otra esquina yo les decía adiós sacando la mano de la reja. Las hermosas señoras doblaban por la esquina y, al desaparecer los cuatro zapatos de tacón de aguja, el caramelo rodaba entre mi lengua y dientes, deshaciéndose. Ahí estaban las dos, observándome, firmes, con una dignidad que me dejaba sin aliento. Era la herencia de mi abuela en su único acto de desobediencia contra su marido, y donde ella y él, en el lugar que estuvieran, seguramente nos estaban contemplando, aquí paradas, fuera del dominio de las palabras, en el reconocimiento que venía desde el más profundo y vivo silencio. ☞

Edna Ochoa. Escritora y directora de teatro mexicana. Obtuvo un doctorado de Literatura en la Universidad de Houston. Es licenciada por la Escuela de Periodismo “Carlos Septién García”. Estudió teatro en la ENAT, el CADAC y el Foro de Teatro Contemporáneo. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores y del Instituto Nacional de Bellas Artes. Es autora de los siguientes libros: *Jirones de ayer*, *Fugaces*, *Sombra para espejos*, *La cerca circular*, *Respiración de raíces* y *El método efectivo y otras obras breves*. Ha traducido al español *Zoot Suit* de Luis Valdez, *How the Frog and His Friend Saved Humanity* de Víctor Villaseñor y *The Magic of Mariachi* de Steven P. Schneider. Varias de sus obras se han puesto en escena, como *La boda de la Mujer Maravilla*, *El método más efectivo*, *Pastel de tres leches*, *La paracaidista*, *La Jacobina*, *La hoja 53*, *Ruinas* y *El ángel despechado*. Es miembro de la Asociación Cultural Producciones Tepalcate. Dirige teatro en México y Estados Unidos. Actualmente es profesora en la Universidad de Texas-Rio Grande Valley.